

1.5.2/281

1-244 1

Religion y patria.

("El Correo", Valencia, 5 julio 1900).

# RELIGIÓN Y PATRIA

Leó en *El Imparcial* este telegrama:  
**Salisbury y los misioneros**

El jefe del gobierno, en un discurso pronunciado en la Asociación de misioneros de Exeter-Hall, ha dicho que los misioneros no son populares y que los mártires de los antiguos tiempos no ejercían sobre los acontecimientos la misma influencia que los mártires de hoy, los cuales al dirigirse al cónsul hacen suponer que las intenciones del misionero no son puramente religiosas.

«El proverbio árabe dice que el misionero llega primero, va después el cónsul y luego el general.»

Las matanzas de cristianos no son debidas únicamente al odio de los chinos á la religión, hacia la cual aquéllos se muestran muy indiferentes, sino más bien á la creencia de que los trabajos de los misioneros son medios que emplean los gobiernos para sus fines.

Ha terminado Salisbury excitando á los misioneros á evitar todo lo que resulte violento para las demás religiones.—*Fitzmoore*.

Acabo de leerlo y me digo: «El viejo *tory* es astuto de veras y sabe ver claro.»

Tiene razón, «las matanzas de cristianos no son debidas únicamente al odio de los chinos á la religión, hacia la cual aquéllos se muestran muy indiferentes, sino más bien á la creencia de que los trabajos de los misioneros son medios que emplean los gobiernos para sus fines.» Vale la pena de repetirlo.

No se puede servir á la vez á dos señores, y el que vaya á un país como misionero apostólico diciendo que va á ganar almas para el cielo, no puede ir á la vez de representante de una nación á ganarla súbditos.

Uno de los pecados de nuestros frailes en Filipinas fué el de empeñarse en ser patriotas y en españolizar aquello á la vez que cristianizarlo, hasta cuando una y otra labor se excluyesen. En esto les han superado los jesuitas, á quienes se les ha *acusado* de antipatriotas. De



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

1.5.2/281





muchas cosas puede acusarse á los jesuitas, pero de su indiferencia frente al patriotismo no se puede en rigor acusarles, es una de las pocas cosas en que se mantienen en elevadas miras. En cambio se elogió muchos á los frailes belicosos que pelearon por la patria, y lo cierto es que hicieron mal: el fraile debe dejarse matar sin resistir al mal, y el patriotismo es en él algo terreno y mundano de que debe purificarse.

Hubieran cumplido con su deber los frailes en Filipinas si hubiesen logrado que el indio les cobrara afecto, aunque odiase el dominio español, y que al sacudirse de éste siguiera adherido á sus pastores espirituales. El fraile, si ha de creer con arreglo á la doctrina que predica, creerá que su misión es más honda y más duradera que la de las patrias todas.

Unir la religión á la patria es paganizarla; llevar la cruz con la espada es lo más anticristiano que cabe. No hay mayor blasfemia que la que representa la cruz de la espada. Puro paganismo es bendecir las banderas que han de guiar á los soldados al combate, puro paganismo elevar á los altares á matadores de hombres. Defiéndase y excútese la guerra y busquénsela toda clase de justificaciones, pero eso de cubrirla con manto religioso es la blasfemia más monstruosa.

Cuando de la Reconquista se habla, mézclase patria y religión. Fué aquel un combate naturalísimo, una lucha por la tierra, una pelea de razas, pero de cristiano no tuvo nada. Lo cristiano hubiera sido no expulsar á los moros por la fuerza, sino tratar de convertirlos pacíficamente y con blandura, y sufrir resignados sus ultrajes. Los que se quedaron en las tierras conquistadas, los muzárabes, mostraron en ello más espíritu cristiano que los que se refugiaron en las montañas de Asturias y León. Cierto es que aquéllos serían pecheros, pobres colonos, siervos, proletarios, en fin, y los otros los señores desposeídos de... lo ajeno.

La confusión entre el espíritu cristiano, que es abnegación, resignación, no resistencia al mal, paz, eterno anhelo á la patria celeste, y el espíritu caballeresco, patriótico y militar, no ha conducido más que á estropear uno y otro espíritu.



1.5.2/281



El código del honor hace junto al sermón de la montaña el mismo papel que un par de pistolas al cinto de un Cristo. Podrá uno creer lo que quiera respecto al llamado sentimiento del honor, pero de cristiano nada tiene.

¿Hay modo de concertarlos?

Tal ha sido y sigue siendo en lo hondo la labor de los siglos de historia que al Cristo han sucedido; el trabajoso y lento proceso por aunar y concertar los dos contrarios que vivifican á los pueblos modernos: el espíritu cristiano y el pagano, la abnegación cristiana y el honor caballeresco, la cruz y la espada, la religión y la patria. ¡Eterna antinomia, cuyo juego de contradicciones engendra la vida íntima de los pueblos modernos! ¿Se resolverá?

Hay quien cree que acabarán por concertarse ambos opuestos elementos, hay quien cree que en su equilibrio y mutua oscilación está la vida, hay quien cree que acabará por triunfar uno de ellos. Y tales creencias arrancan, más que del estudio y convicción lógica, de la especial idiosincrasia y del temple de cada cual. Unos sienten el ideal aristocrático, el democrático otros; éste siente sus deberes, sus derechos aquél; el uno está por el honor y se propone ser héroe, el otro por el sacrificio y tiende á santo. Cuestión de sangre.

Por mi parte, aunque á nadie le importe saberlo, odio la espada, aborrezco con toda mi alma el espíritu militar y me repugna lo que llaman honor los caballeros.

Miguel de Unamuno.

